

Compañeros: el tema que he elegido para esta primera disertación es el que se refiere a los dirigentes.

Es indudable, como ya lo he dicho otras veces, que el valor real de las organizaciones no se puede medir por el número de sus afiliados ni por la importancia que ellos tienen en la acción de conjunto. El verdadero valor se mide por la clase de dirigentes que los conducen y los encuadran; vale decir, el dirigente es en la organización el alma y la inspiración de toda esa organización y su acción efectiva.

Por eso he querido hablar en el día de hoy, precisamente, de este tema que para nosotros tiene una importancia extraordinaria.

Comencemos por decir que el dirigente nace, no se hace. De lo contrario, sería muy fácil preparar organizaciones escolásticas en las cuales podríamos formar dirigentes seleccionados entre mucha gente joven que tienen deseos de estudiar y de aprender; pero, desgraciadamente, el dirigente que saliera de ella sería quizás un erudito, pero no dirigiría mucho, por cuanto el dirigente, además de conocimiento y capacitación, debe tener valores espirituales mediante los cuales se hace posible una conducción y un predicamento que hace que lo vean primero para que lo conozcan luego, y que lo conozcan para que después le obedezcan. En este terreno se van construyendo los factores indispensables para que la conducción sea no solamente aceptada, sino también compartida por los conducidos.

EL VERDADERO PROCEDIMIENTO

La conducción es un fenómeno de mutuo entendimiento y persuasión entre el que dirige y el que es conducido. Por eso, señores, creo que el verdadero procedimiento para la formación de dirigentes —que son, como he dicho antes, fundamentales para el valor de la organización— es utilizar un procedimiento natural. Tenemos los hombres que en la masa se van destacando por sus valores espirituales, por sus capacidades y por sus cualidades. Entonces, ofrezcámosles a esos hombres la posibilidad de que se perfeccionen en sus conocimientos y en su capacidad, pues ese es el procedimiento para formar el dirigente. La mitad se forma en la acción misma de la dirección; la otra mitad es el complemento al que se le da una tarea y una técnica que toda conducción necesita.

CONDUCIR ES UN ARTE

Conducir es un arte y, como todas las artes, tiene una teoría y una técnica. Es como el que pinta o el que esculpe: con una buena teoría y una buena técnica se puede hacer un buen cuadro, pero si quieren una "Cena" de Leonardo, o una "Piedad" de Miguel Angel, indudablemente, se necesita a Leonardo o a Miguel Angel. Es que el hombre es la parte viviente del arte; la parte inerte es la teoría y la técnica.

En la conducción sucede exactamente lo mismo; vale decir, hay una teoría para conducir, y una técnica para servirse de ella, pero esa es la parte inerte del arte, porque la parte vital es el artista. Por lo tanto, el dirigente debe ser un artista en el arte de conducir. Por eso he creído conveniente en estas disertaciones empezar por comentar estos aspectos relativos a la dirección.

ACTUACION DEL DIRIGENTE

El dirigente actúa normalmente en dos campos: en el de la conducción y en el del encuadramiento. La conducción está constituida por los altos dirigentes que, con una absoluta unidad de concepción y la más perfecta unidad de acción, conducen al organismo en su conjunto. Ellos no intervienen en los detalles

de la ejecución, pues para ello tienen a los dirigentes de encuadramiento, que también deben estar preparados, por cuanto de nada vale una perfecta concepción si la ejecución no está de acuerdo con esa perfección; es decir que en la conducción no solamente se concibe sino que también se ejecuta. Muchas veces una gran idea, una excelente concepción, fracasa porque los agentes de la ejecución no tienen la capacidad suficiente para realizarla.

Este dualismo de la conducción es lo que nosotros debemos preparar en el ambiente de todos nuestros dirigentes, ya sean de conducción o de encuadramiento, a fin de asegurar una buena concepción y una correspondiente buena ejecución.

Toda esta técnica de la conducción impone métodos y sistemas que yo, paulatinamente, en sucesivas conversaciones, he de comentar con ustedes. Yo, como político, soy un aficionado; mi oficio es el de conductor y para ello me he preparado toda mi vida.

Creo que tanto lo político, como lo social, lo económico y lo cultural, son asuntos de conducción.

LAS ESCUELAS SINDICALES

He pensado mucho sobre la necesidad de que volvamos a nuestro sistema anterior; es decir, a las escuelas sindicales. En 1948 nosotros instituimos dichas escuelas. La Confederación General del Trabajo tenía su escuela para la formación de dirigentes de la conducción, y cada sindicato tenía, a su vez, las escuelas para la formación de los dirigentes de encuadramiento. Estos establecimientos son sumamente importantes, porque hay que darse cuenta de que nuestro movimiento sindical ya es de una importancia tan grande que no puede ser confiado a manos inexpertas. Ese movimiento debe estar en manos de dirigentes altamente capacitados, y a los valores que ya son propios del dirigente debemos agregar la complementación de una capacitación y una ilustración general que le dé un marco más completo para la apreciación de los problemas y para su resolución.

Este empeño es de una gran importancia y el tiempo que gastemos en la formación de dirigentes capacitados, no será

tiempo perdido, sino ganado para el porvenir. Sobre todo, para el perfeccionamiento en el que todos los días debemos pensar para nuestras organizaciones.

El movimiento sindical argentino, en mi concepto —y he recorrido casi todo el mundo—, es uno de los mejor organizados y capacitados del mundo. Esa es la realidad.

Señores: debemos pensar también en que el futuro del sindicalismo en el mundo será de una importancia extraordinaria. La evolución nos va llevando hacia formas cada día más preponderantemente sociales y menos políticas. El sistema demoliberal capitalista ha feneccido con el siglo XX, y se va a iniciar una nueva etapa. Y si en ésta el acento fue la política —porque para eso se la organizó—, la etapa que viene, en el continentalismo y su futuro, es eminentemente social. Ya los factores sociales se conjugan a la par de los factores políticos; pero como ellos son los valores reales de una asociación para una comunidad organizada, cada día tienen mayor preponderancia y lo tendrán más en el futuro.

El mundo que viene es un mundo donde los países aisladamente ya no podrán vivir. Se va hacia asociaciones mayores que la nacionalidad.

Yo he referido ya muchas veces que conversando con hombres que habían asistido a las primeras conferencias para la defensa ecológica de la Tierra, es decir, para la defensa de los medios naturales que la Tierra ofrece al hombre para pervivir, les pregunté qué habían sacado en claro sobre eso. Y me contestaron una cosa en la que yo vengo pensando hace treinta años: en esas conferencias no se ha hablado de los países, sino de la Tierra. Esto es muy lógico porque el problema del mundo futuro ya no es el problema de los países; es el problema de la Tierra y, sobre todo, de la Tierra para subsistir, que es el más grave de todos los problemas con que se verá enfrentada la humanidad en un futuro inmediato.

La segunda conclusión que me han dado es, simplemente, que se dieron cuenta de lo tontos que han sido los hombres, que durante siglos han muerto por millares luchando por defender una frontera que sólo estaba en su imaginación. En los países ya integrados continentalmente las fronteras han perdido todo su valor. Es suficiente viajar por Europa para ver que uno no

se da cuenta cuando pasa una frontera, pues ya eso ha pasado a la historia.

La historia nueva es la historia de las grandes organizaciones continentales. El sindicalismo no puede quedarse atrás en esta evolución y debe ir tendiendo también a las organizaciones sindicales continentales. Es decir, nosotros debemos ir pensando que hemos alcanzado un alto grado de desarrollo en la organización sindical argentina. Por lo tanto, tenemos derecho a ir a otras partes buscando la misma unión y solidaridad que nosotros hemos alcanzado, para la defensa de la clase trabajadora continental. Ese debe ser nuestro objetivo futuro si no queremos quedarnos atrasados en la evolución.

En este aspecto se han dado o se han hecho muchos intentos pero, indudablemente, para conseguir un factor decisivo se necesita tener una organización que pueda ser ejemplo y que puedan imitar los demás. La República Argentina, en ese sentido, tiene una organización sindical y dirigentes altamente capacitados.

UNIDOS O DOMINADOS

Tenemos que comenzar a pensar que podemos ya ir estableciendo relaciones lo más estrechas posibles con las organizaciones sindicales del continente latinoamericano.

La política trata de crear la comunidad económica latinoamericana como una imposición de la historia y de la necesidad que el futuro nos plantea, para podernos organizar y defender adecuadamente. Yo he dicho muchas veces que el año 2000 nos encontrará unidos o dominados, y por eso la política internacional, especialmente la de nuestro país, tiende a esa unidad; unidad para la defensa común. Y en esta unidad nada hay más importante que la unidad de los pueblos, y ésta se llama unidad orgánica sindical continental.

Piensen, señores, que este trabajo lo debemos realizar. En ese sentido, tenemos que crear lo más rápidamente posible y poner en funcionamiento adecuado las escuelas sindicales, porque hay que preparar las mentes y las capacidades para realizar el mejor trabajo. Esto no se puede hacer improvisadamente,

porque ya hay muy pocas cosas en el mundo que se pueden improvisar. Para lograrlo, es necesario prepararlas y sumar todos los factores favorables para recién lanzarse a alcanzar las posiciones que esas capacidades hayan podido entrever.

LOS AGREGADOS OBREROS

Por esa razón, las escuelas sindicales son de una importancia extraordinaria para nosotros. Por otra parte ese trabajo, inicialmente, deberá ser realizado por los agregados obreros a las embajadas de la Argentina en todos los países. Esos servicios los vamos a restablecer a la mayor brevedad.

Pero, claro, compañeros, que para poderlo hacer tenemos que realizar cursos de capacitación especiales para agregados obreros, tal como lo hacíamos antes, que incluyan temas de cultura y de preparación especial. No se va a enviar a un obrero de adorno, sino que se va a mandar a un dirigente obrero capacitado para realizar ese trabajo, que se logrará tanto mejor cuanto mayores sean las cualidades y calidades que reúna ese dirigente sindical.

Es indispensable, por lo tanto, que los hombres que sean seleccionados por la Confederación General del Trabajo para desempeñarse como agregados obreros, además de poseer ya de por sí los conocimientos y la capacidad necesaria para el desempeño de esa función, sean preparados de manera adecuada en los cursos rápidos que se dictarán, dándoles los conocimientos fundamentales para la realización de la acción y el cumplimiento de los objetivos, ya que ellos van a representar a los obreros argentinos en nuestras embajadas.

Este servicio es para nosotros de una importancia extraordinaria, y por eso la Confederación General del Trabajo tiene que organizar apresuradamente todo esto para no perder tiempo. Buscaremos los mejores profesores que tengamos para que dicten las distintas materias, que deberán cursarse aceleradamente en tres meses. Ese será el primer escalón de agregados, y luego realizaremos cursos de una mayor duración y mejor preparación. Todo este proceso tiene para el Gobierno una importancia muy grande.

Nosotros hemos dicho que representamos un Gobierno popular. Ahora demostremos en la realidad que somos un Gobierno popular dándole al pueblo la participación a que el pueblo tiene derecho en todas las actividades que el país debe realizar.

COSECHAR MUY BUENOS RESULTADOS

También hemos expresado que a cada ciudadano argentino debemos darle una misión, y la de estos agregados obreros es de una importancia indudable. Y por ello, si ese trabajo se realiza bien, nosotros podremos cosechar muy buenos resultados.

De la misma manera las escuelas sindicales deben funcionar normalmente en la Confederación General del Trabajo y en los sindicatos, agrupándose dos o tres, para hacerlos más asequibles. Esas escuelas nos dieron muy buenos resultados y por lo tanto se debe incorporar a ellas el mayor número posible de dirigentes sindicales, porque hay que pensar en el futuro, en los jóvenes que vendrán a reemplazarnos a todos nosotros.

Debemos anhelar que esos jóvenes que nos reemplazarán, que nos suplirán, se impongan el sacrificio de estudiar y capacitarse; pienso que este trabajo no es difícil si se lo encara prácticamente, sin gastar mucho tiempo en disquisiciones inútiles, pero si yendo directamente a la enseñanza fundamental de acuerdo con la tarea que deben realizar. Deben ser escuelas prácticas, en las que se estudie, analice y se critique a fin de que los dirigentes que así se formen vayan teniendo un concepto acertado de la dirección, y se inculquen además los valores espirituales necesarios para que la conducción sea también un sentimiento.

La doctrina que nosotros hemos puesto en marcha, en el mundo no se enseña. Su enseñanza no vale mucho. Las doctrinas se inculcan, van dirigidas al conocimiento, pero también van dirigidas a los sentimientos de los hombres que las absorben. Por eso nuestra doctrina se presta adecuadamente para la formación de hombres del pueblo que piensan que su misión en la vida es luchar para el pueblo, por el pueblo y en el pueblo.

LA COMUNIDAD ORGANIZADA

Compañeros: En muchas oportunidades yo he hablado de la comunidad organizada.

La mayor parte de nosotros ha asistido a una etapa en la evolución de la humanidad en la que estuvimos sometidos a la existencia de numerosas organizaciones, especialmente de carácter político, porque el régimen demoliberal-capitalista, que termina en el siglo veinte, fue organizado precisamente para eso. Pero si la evolución nos obliga a cambiar, debemos ir hacia otra organización, sin discutir lo político, dando existencia real a una organización que luchará, no sólo por dirigir al país sino por realizarlo con su trabajo y con su esfuerzo.

Esas organizaciones son las que nosotros tenemos, y esa comunidad organizada se basa en ellas. En ese sentido hemos avanzado en la República más de lo que muchos se pueden imaginar. Obsérven bien que el tratamiento de los grandes problemas de la nacionalidad, especialmente en lo social y en lo económico, que es lo permanente, está realizado por organizaciones reales y por pactos reales entre esas comunidades. Ellas deberán ir realizando, de acuerdo a las posibilidades, el trabajo en conjunto. El pacto entre la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica echa las bases para un programa, porque lo social depende en gran parte de lo económico, como lo económico depende también y en la misma medida de lo social. Si ambas se complementan y llegan a crear efectivamente una realidad equilibrada, todo puede solucionarse.

Cuando nuestro Gobierno cayó, en 1955, nunca decíamos que en la Argentina había tantos miles de pesos "per capita", porque sabíamos que ese es un cuento chino.

A nosotros nos interesa saber cuál es el coeficiente de rendimiento bruto del país correspondiente a los que lo elaboran trabajando y cuánto es lo que corresponde a los que lo elaboran dirigiendo y realizando las empresas. En 1955 el trabajador recibía un 47,6 por ciento del producido neto; las empresas recibían el resto. En este momento los obreros perciben el 33 por ciento del producido bruto y el 67 por ciento corresponde a los patrones. Eso tenemos que nivelarlo sin provocar

una destrucción de valores. Tenemos que lograrlo por un acuerdo mediante el cual un día se sacrifica un sector y otro día lo hace otro. Lo constructivo es el diálogo y el acuerdo; con la lucha y el enfrentamiento destructivo no se gana nada. Ese equilibrio, que actualmente está roto, lo impondremos poco a poco, hasta llegar nuevamente a lo que el Justicialismo aprecia que debe ser: un 50 por ciento del producto bruto para cada una de las partes. En eso estamos; en lo justo, en lo posible y en lo conveniente. Por ello tenemos que luchar y estamos luchando, pero hágámoslo todos unidos, a través del acuerdo. Para eso sirve la organización. Cuando la Confederación General del Trabajo y la Confederación General Económica han llegado a un acuerdo inicial que tiende a restablecer las condiciones anteriores, se ha establecido lo que podríamos llamar un convenio colectivo de trabajo. ¿O acaso no es un convenio colectivo de trabajo el que se realiza en el horizonte de los sindicatos, en el horizonte de las federaciones y en el horizonte de las confederaciones?

Son acuerdos; en consecuencia, son convenios colectivos de trabajo. Indudablemente, esto no da la perfección, porque ella se alcanzará cuando discriminadamente podamos darle a cada uno lo que a cada uno le corresponde. Pero es producto de la reconstrucción de que hemos hablado; es decir, cuando hablábamos de reconstrucción, estábamos refiriéndonos a ese problema.

PRODUCCION AGROPECUARIA: FACTOR DETERMINANTE

Hoy he asistido a otro gran acuerdo: el del agro, sector que también debemos considerar como un factor importantísimo. La producción agropecuaria será un factor determinante de las posibilidades de nuestro futuro. Hay un mundo hambriento; muchos miles de millones que comen y a quienes no les alcanza su propia producción. Por lo tanto, nosotros debemos empeñarnos en producir diez veces más de lo que estamos produciendo. Para un mundo que ya se está quedando sin granos debemos producir la mayor cantidad posible de esos granos indispensables. Si sumamos a ello que este mundo está care-

ciendo ya de productos alimenticios indispensables, debemos ampliar de la manera más absoluta la producción de carnes, porque el gran drama de la humanidad va a ser, precisamente, la falta de proteínas. Sin ellas no se puede vivir, y el mundo ya no produce ni el 50 % de las proteínas que necesita. Nosotros podemos producir ese 50 % que falta. Por consiguiente, pongámonos en el empeño. Pero para eso, compañeros, debemos comprender que cualquiera sea el esfuerzo y aun el sacrificio que podamos realizar en poco tiempo, podremos alcanzar los índices de producción necesarios. Además, hay una demanda extraordinaria de manufacturas, de manera que los trabajadores y empresarios de la industria argentina puedan colocar todo el exceso de su producción y lo puedan colocar bien.

UNA ECONOMIA QUE IMPONE LO SIMPLE

Este camino que estamos siguiendo es de absoluta simplicidad, de una economía que impone precisamente lo simple, porque lo simple es lo que tiene éxito.

Si nosotros alcanzamos rápidamente esos márgenes de producción agropecuaria e industrial, toda la vida del país mejorará y la situación social nos podrá dar los índices que le corresponden a cada habitante del país. Vale decir, no ocurrirá lo de hoy, cuando sabemos que tenemos 1350 dólares per cápita por año. No; eso, bien distribuido, quizás dé 600, pero para todos, que es lo que interesa.

En ese sentido, compañeros, los dirigentes sindicales tienen una gran responsabilidad. Hay tontos o mal intencionados que están gritando que quieren esto, que quieren lo otro, que la revolución; inclusive uno de ellos me dijo: "Señor, hay que hacer la revolución", y yo le contesté: "¿Usted quiere que me pase a mí lo que le pasó a Allende en Chile?". Todo consiste en que no les demos el gusto.

Nosotros tenemos un programa que realizar y lo debemos hacer en la medida de nuestras posibilidades. Hay que contener los deseos y desarrollar la esperanza, porque ésta es el capital de los grandes.

Dicen que cuando Alejandro el Grande salió de Macedonia para la conquista de Persia, él, que era hijo de Filipo y

dueño de media Macedonia, regaló todos sus bienes, sus campos, sus casas. Y Parmenón, un general de su padre, le dijo: Alejandro, deja un poco para ti. Y éste le contestó: para mí quiero la esperanza.

Por eso digo que la esperanza es el capital de los grandes. Tengamos esa esperanza y luchemos por alcanzarla; si lo hacemos, todos seremos felices.

Lo que el gobierno justicialista garantiza es que no haya injusticias en el reparto de los beneficios y de los bienes, y que cada argentino tenga acceso a la propiedad, a la dignidad y a la felicidad que merece el pueblo de nuestra Patria.

NO SE PUEDE CONCEBIR QUÉ EXISTAN POBRES

Señores: han transcurrido treinta años y sobre el espacio argentino se han desplazado muchos sucesos. Nosotros los conocemos bien, porque muchos argentinos han sufrido en distintas circunstancias las consecuencias de esos sucesos. Todos hemos luchado, de una manera u otra, por alcanzar una situación que nos permitiera tener esa esperanza y esa fe en el porvenir de un país que tiene una riqueza tan extraordinaria que no se puede concebir que exista en él un solo pobre.

Cuando uno recorre el mundo, pensando en que tenemos 3.000.000 de kilómetros cuadrados y sólo 24.000.000 de habitantes para usufructuarlo... Solamente puede ser un país pobre si todos se dedican a no hacer nada.

Tenemos el oro al alcance de la mano y es necesario que atinemos a asirlo, porque el oro no va a subir hasta nuestras manos. Ese esfuerzo debe ser de todos. No lo pueden hacer ni los gobernantes solos, ni los empresarios solos, ni los trabajadores también solos; lo tenemos que hacer entre todos. Y para hacerlo, pongámonos de acuerdo y realicemos lo que sea posible para ir mejorando esta situación.

En el año 1946 recibimos un país en muy malas condiciones, después de cinco años de guerra. Aquí no llegaba nada, no teníamos industrias, no teníamos nada. En pocos años lo levantamos y desarrollamos una industria eficiente. En ese año, cuando me hice cargo del gobierno, ni los alfileres

que utilizaban nuestras modistas se hacían en el país. Todo venía del exterior.

En el año 1955 se fabricaban en el país camiones, tractores, máquinas diesel-eléctricas, vapores. Se hicieron cosas extraordinarias y se pudo establecer un equilibrio entre la producción agraria y la industrial.

Alguien me dijo que no era partidario del desarrollo industrial y que teníamos que seguir con el agro.

Nuestro futuro estaba en ser la panera del mundo. Pero eso no es lo que determina la necesidad de industrializar el país, ya que aquí hay dieciocho millones de habitantes que viven en las ciudades y en los pueblos. Los 6.000.000 restantes viven en el campo y constituyen el factor agropecuario. Si no creamos una industria de la cual puedan vivir los que habitan en las ciudades, ¿quién va a ser el pato de la boda? Los agricultores tendrán que vivir de lo que ellos produzcan, y producir para las ciudades. Es precisamente lo que debemos hacer: que las ciudades trabajen para el campo y que el campo evolucione hacia una tecnología apropiada mediante una mecanización suficiente y a través de un trabajo adecuado.

En nuestro país tenemos una tierra maravillosa pero le hemos estado sacando el jugo durante dos siglos. Por ello es necesario abonarla, prepararla, contemplarla, para que de ella comamos todos, sacándole el rendimiento necesario. Observen la baja producción que tenemos por hectárea, tanto en la explotación de carnes como de granos. Un campo en la Argentina, si se lo prepara bien, puede rendir cuatro o cinco animales por hectárea. En cambio tenemos un rendimiento de uno o dos, en el mejor de los casos. Todavía hay señores que tienen cotos de caza, cosa que no ocurre en ningún país del mundo. Los cotos de caza tienen que desaparecer y ponerlos a trabajar en la agricultura.

De esta manera alcanzaremos los altos rendimientos para las ciudades y los pueblos con un índice suficiente, sin abusar de una tecnología que ya está afectando a los países superdesarrollados por haber despilfarrado los medios naturales. Ahora se están quedando sin materia prima, sin energía y sin comida, que es lo peor. Aprendamos de ellos, que fueron los

ricos del pasado. Nosotros tenemos las grandes reservas naturales que la tierra ofrece para una vida adecuada. Somos los ricos del futuro, si sabemos conservar esa riqueza y defenderla, porque ella, sin una defensa adecuada, se termina pronto.

ESTABLECER UN PERFECTO EQUILIBRIO

A esta altura de nuestro equilibrio, tanto agropecuario como industrial, nosotros podemos establecer un perfecto equilibrio: unos trabajando para proveer al campo de la mecanización necesaria, y el campo produciendo para que los demás pueden comer y, además, tener un saldo de exportación suficiente como para juntar un peso "por si las moscas".

Compañeros: es precisamente para todo esto que tenemos que preparar dirigentes. El mismo consejo he dado a los empresarios y a la Confederación General de Profesionales que acaba de organizarse en el país. Ellos también tienen un sector importantísimo que cubrir en la comunidad. Esta es la comunidad organizada con la cual he venido soñando desde hace treinta años. Las grandes organizaciones responsables que permitan la solución de todos los problemas económicos, sociales y culturales que el país necesita llevar adelante.

La política, en este aspecto, es secundaria. Nosotros sabemos todo lo secundaria que es. Si las vacas paren, si tenemos buenas cosechas, la política no tiene nada que hacer. La política es solo un medio, insignificante muchas veces, para elegir entre nosotros a algunos a quienes consideramos más capacitados, aun cuando nos equivoquemos; porque los estadistas, como los dirigentes, no se hacen por decreto ni por elecciones. Ellos nacen con el óleo sagrado de Samuel, suficiente para que los demás les crean y les obedezcan. Y en ese camino el hombre es tan bueno y tan ingenuo, que llega a considerar infalible al hombre que, por lo menos, acierta unas cuantas veces. Pero esa infalibilidad es casi indispensable para el conductor. La Iglesia, que es una de las instituciones más antiguas del mundo, tanto lo ha considerado, que al Papa lo ha declarado infalible. Ellos sabrán por qué.

UN FUTURO QUE TENEMOS QUE CUIDAR

Compañeros: quiero terminar esta breve disertación pidiéndoles a todos los compañeros secretarios generales que se empeñen en la necesidad de ir pensando cuanto antes en la organización de las nuevas escuelas sindicales. Además, solicito a la Confederación General del Trabajo que se empeñe en la misma tarea, pensando que el tiempo que puedan utilizar para hacerlo no será tiempo perdido, sino tiempo ganado para un futuro que debemos cuidar, porque viene cargado de acechanzas y peligros que nosotros sólo podremos conjurar con una organización que nos presente ante el mundo unidos y solidarios, en un bloque popular que permita accionar también sobre los demás hermanos del continente, en procura de una unidad, de una organización y de una preparación para la defensa de un futuro que será muy difícil y que nuestros hijos y nuestros nietos recibirán.